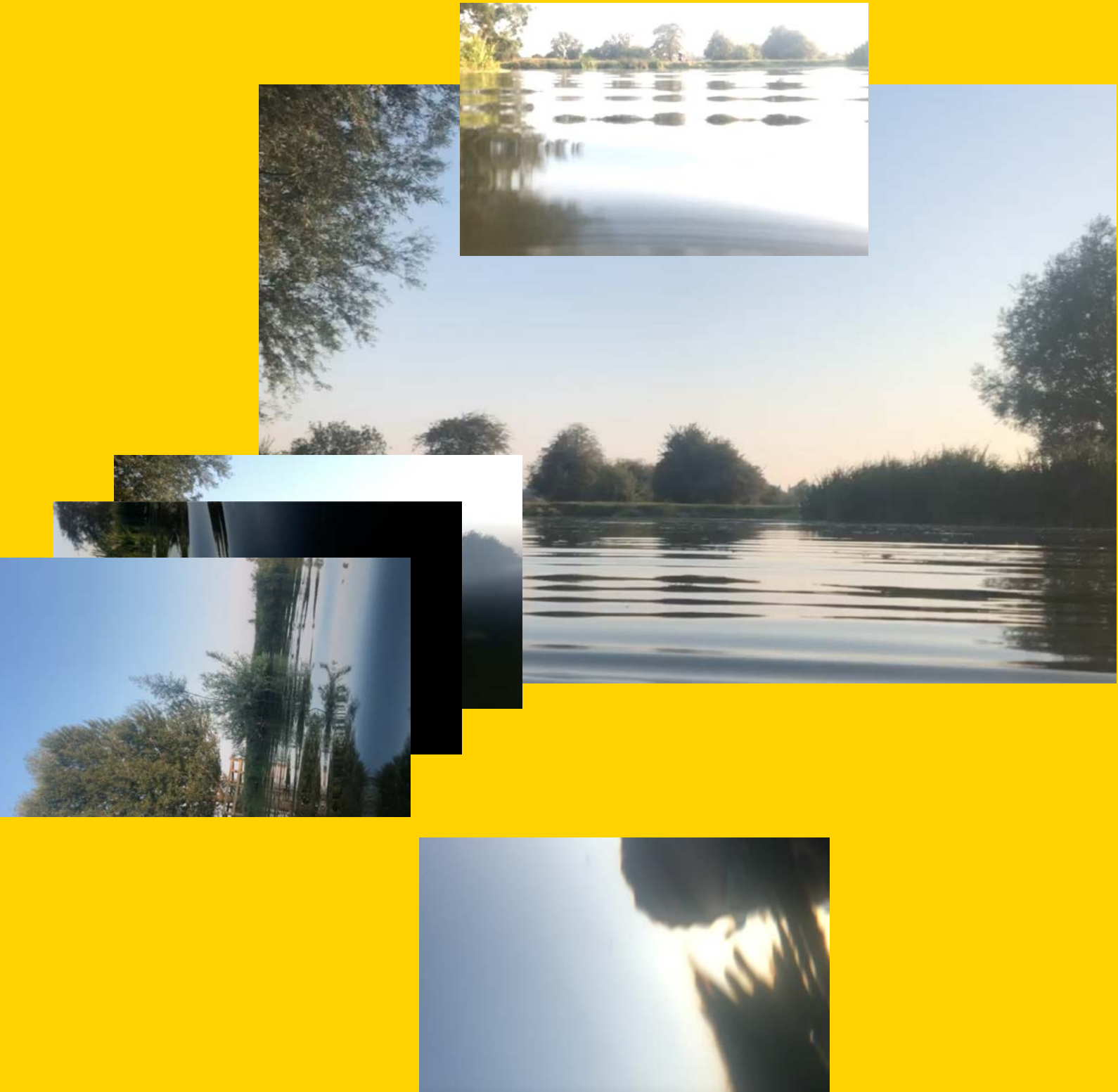




Lisa Blackmore, *Inmersiones en el río Stour*, 2018–2020.
Stills de video.

**DECIR LO QUE NOS TOCA
APUNTES SOBRE LA INMERSIÓN
EN CUERPOS DE AGUA**
LISA BLACKMORE

No estoy segura de cuándo comenzaron las inmersiones. Hace dos años durante un atípico verano caluroso, empecé a nadar en un río que simultáneamente separa y une dos condados de la campiña inglesa donde vivo, trazando en esa frontera líquida el trecho entre un antiguo molino de agua y otro. Ambos molinos pertenecían a la familia de John Constable, el pintor que, dos siglos atrás, divagaba embelesado por ese valle, los ojos en las nubes y el cuerpo abierto a las fuerzas naturales y a las dinámicas industriales que permearían gran parte de su producción pictórica, desde bocetos volátiles hasta paisajes icónicos. Me hundo en la fecundidad de ese entorno pintoresco y en la obsolescencia de su infraestructura industrial con un compromiso que he tenido con pocas cosas en mi vida; al principio con una disciplina enfocada en unir los molinos del viejo canal, dibujando con el nado un orden precario en el cuerpo de agua, y luego con una soltura intuitiva que me empuja al agua desde diversos puntos de la orilla, buscando experimentar la diversidad de flujos del río. Durante año y medio fui siempre con la cabeza al aire y nadando pecho, atenta a la manera en que ese paisaje tan familiar se desdoblaba y se estiraba en el espejo de agua que agitaba con mi cuerpo. Ahora suelo usar lentes para sumergirme en una coreografía suave y sostenible entre pulmones, brazos, centro, piernas, cuello, boca, deslizándome por una percepción subacuática e interna que suspende el tiempo y difracta el mundo.

Digo que las inmersiones comenzaron hace dos años. Pero los principios de las cosas son fuegos fatuos. Los orígenes —especialmente en los cuerpos de agua— nos anteceden a nosotros y al lenguaje. Se cuelan por canales muchas veces inexplorados que aparecen en los territorios, pero no en los mapas. Puedo rastrear el origen de mis inmersiones décadas atrás, en los entrenamientos semanales que hacía entre los muros de cemento de una piscina cuya agua gélida y clorada se pegó para siempre a mis adentros. Sus fuentes también se remontan a mis nueve meses de pez-en-agua-amniótica en el protohogar del vientre, donde el afuera permeaba en formas vibrátiles, traduciendo palabras y sonidos en bailes cinestésicos que entretenían mis células.

Siempre hemos estado inmersos. Casi dos tercios de nuestro cuerpo es agua y nos articulamos mediante la fascia, un sistema semilíquido de comunicación mecánico-metabólica que une piel, huesos, sangre, linfa y células en sincronía simbiótica. En constante movimiento, la fascia es una “cacofonía de funciones e información, un complejo entrópico completamente adaptable.” **(1)** Opera como interfaz sensible de los contactos entre afuera y adentro, el ahora y el futuro. Si nos tocan, la fascia lo siente. Siente cómo nos tocan y convierte esa experiencia del tacto en reacción y acción, en gesto y en conocimiento. En esos procesos somáticos, la palpación es una fuerza entrópica ante la cual nuestras células líquidas generan respuestas, adaptándose para restablecer el equilibrio homeostático. La fascia incluso anticipa futuras alteraciones de su orden; tiene una consciencia que activa en las mutaciones de su forma que responden a las fuerzas externas que la afectan. **(2)** En la liquidez y la suavidad de nuestra inteligencia corporal reside nuestra sutil fuerza de cambio. No solamente nos forma y transforma; también desborda el imperio epistémico del *logos*, la razón pura, y el oculocentrismo, al hacer confluír los cinco sentidos en un sexto que nos atraviesa por dentro y nos estira hacia el afuera, hacia el futuro. Nuestros ojos están en la piel, esa superficie dérmica que el pensador francés Michel Serres llamó nuestro “sentido común.” **(3)**

Nadar es abrazar el agua y dejarse abrazar. Tocar y dejarse tocar. Es buscar contactos íntimos entre cuerpos de agua, moverse con un tacto cuidadoso y consciente entre flujos, intensidades, corrientes y temperaturas siempre variables. El agua sostiene mi cuerpo cuando nado, permitiendo que me ensanche y me deslice. Es también un entorno en el que si abandono el cuerpo, me puedo hundir. En la sutileza y el trance de esos gestos se crea una atención que actualiza la etimología de ese término en latín, donde *attendere* significa estirarse hacia otro. Las dimensiones físicas, afectivas y sensoriales de la inmersión y el nado crean correspondencia



- (1)** Bordoni y Simonelli. “*The Awareness of the Fascial System*”. En: cureus.com
- (2)** Bordoni y Marelli. “Emotions in Motion: Myofascial Interoception”. En: *Complementary Medicine Research* 24 (2017), pp. 110-113.
- (3)** Michel Serres, *The Five Senses: A Philosophy of Mingled Bodies*, p. 80. Londres: Bloomsbury, 2016.
- (4)** Tim Ingold. “The Art of Paying Attention.” Presentación en el congreso *Art of Research 2017*, 29-30 noviembre 2017, Helsinki, Finlandia. Disponible en: youtu.be/2Mytf4ZSqQs
- (5)** Karen Barad. “On Touching—The Inhuman That Therefore I Am (vo1.1).” En: *Power of Material/Politics of Materiality*. Ed. por Susanne Witzgall y Kerstin Stakemeier, pp. 153-164. Zurich: Diaphanes, 2017

John Constable, *La carreta de heno*, 1821, óleo sobre tela. National Gallery, Londres.

- (6)** Karen Barad, “On Touching...”
- (7)** Isabelle Stengers. “Introductory Notes: An Ecology of Practices”. En: *Cultural Studies Review* 11, no. 1 (marzo 2005), pp. 183-196.

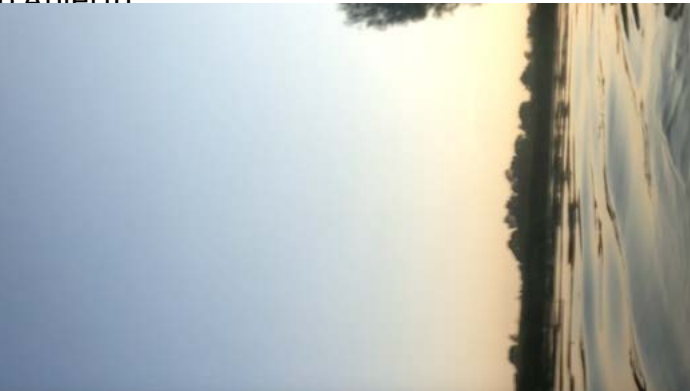
con otras vidas líquidas que también se mueven en intensidades variables, generando una ontogénesis multitudinaria de cuerpos que se rozan. **(4)** “Suceden tantas cosas en el tacto: una infinidad de otros —otros seres, otros espacios, otros tiempos— se agitan,” escribe Karen Barad en *On Touching*. **(5)** Tanto es así que resulta que cuesta hablar de esos contactos y ese ir con tacto. Cuesta decir qué sucede cuando uno circula en los canales de su propia anatomía semilíquida, se mueve con un cuerpo de agua y se hace permeable a otras vidas que lo habitan y nos habitan. Pero toca articular esas experiencias porque la inmersión puede, estoy segura, inspirar confluencias de saberes, prácticas de convivencia y éticas de cuidado mutuo, orientadas al bienestar ecológico. Reubica la teoría como un estar en contacto, que busca ser responsable y dar respuestas a dinámicas más-que-humanas en prácticas que nos dejan “seducir por la curiosidad, la sorpresa y el encantamiento” desde estados y lugares íntimos que están más allá de la razón antrópica, donde “el mundo también teoriza y experimenta consigo mismo.” **(6)** La inmersión estimula la imaginación de lo que Isabelle Stengers llama una “ecología de prácticas” —comunidades (en lugar de economías) de conocimiento que exceden los límites antrópicos, disciplinarios y geográficos. Cultiva colaboraciones en terrenos líquidos que aspiran a ser comunes, invitando como práctica el abrazo de los estados de indeterminación y las modalidades procesuales, con la consciencia de que las relaciones simbióticas entre vidas y saberes, si bien persiguen el equilibrio, no anulan (ni deberían anular) las diferencias, porque de los procesos de experimentación y porosidad surgen también roces y divergencias. **(7)**

Roces y divergencias sobran en los cuerpos de agua contemporáneos, que viven afectados por múltiples ‘factores de estrés’. Estos factores son potenciados por las dinámicas de desarrollo industrial y urbano que convirtieron el agua en mero recurso al servicio del ‘progreso’ humano. El hecho de que los hidrólogos y biólogos usen el término ‘estrés’ para hablar de la salud de los cuerpos de

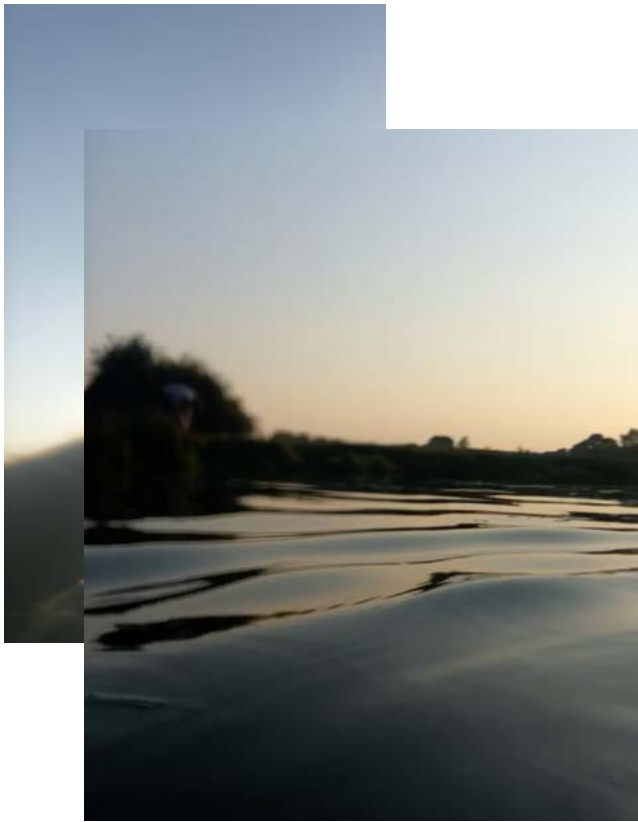
agua vaticina una noción de bienestar que incorpora lo social en lo ecológico, uniendo en la patología del estrés, tan común en la modernidad tardía, vidas humanas y no humanas. Pensar en un bienestar mutuo que fluye entre cuerpos de agua es reconocer que metabólicamente nos permeamos siempre y que nuestras porosidades se manifiestan en todas las escalas, desde lo meteorológico del cambio climático hasta lo microbiológico de nuestras células. Cohabitamos ciclos hidrológicos en los que intercambiamos constantemente nuestros flujos, microbios, fármacos, metales, plásticos, orina, lágrimas y multitudes de otras materias... En situaciones críticas de contaminación, como las que afectan a los ríos Rímac y Bogotá, dos cuerpos de agua con los cuales me relaciono, los metabolismos de patógenos son evidentes a los ojos y al olfato, manifestándose y somatizándose en las contaminaciones y los malestares de territorios y cuerpos humanos. **(8)** En mi entorno más local, el bienestar de los cuerpos de agua (tanto los humanos como los no humanos) es menos palpable y más difuso. Nadé durante dos años en el río Stour —ese que apodo “el río de Constable”— antes de notar un letrero que advertía del riesgo para la salud que implicaba bañarse ahí. En esa misma semana se publicó una noticia en la prensa británica que revelaba que no existe ninguna entidad nacional responsable de velar por el bienestar de los ríos, y que muchos están recibiendo escorrentías nocivas. **(9)** La ubicación geográfica no garantiza el bienestar fluvial porque los cuerpos de agua no saben de fronteras. La modernidad ha creado sistemas hidráulicos para controlar las imbricaciones líquidas, como infraestructuras sanitarias, tecnologías energéti-

(8) Laura X Henao-Herreño et al. “Risk of Illness with Salmonella due to Consumption of Raw Unwashed Vegetables Irrigated with Water from the Bogotá River”. En: *Risk Analysis* 37, no. 4 (2014), pp. 733-743.

(9) Sandra Laville y Niamh McIntyre. “Water firms discharged raw sewage into England’s rivers 200,000 times in 2019”. En: *The Guardian*, 1 de julio, 2020. Disponible en: theguardian.com/environment/2020/jul/01/water-firms-raw-sewage-england-rivers



Lisa Blackmore, *Inmersiones en el río Stour*, 2018-2020.
Stills de video.



cas y estéticas de paisaje, entre otros dispositivos. Pero tanto en los territorios como en los cuerpos, profundas asimetrías en relación a la calidad de vida hidrológica y socioeconómica manifiestan las carencias y fugas en estas canalizaciones de flujos. Existen diferencias innegables entre estos fenómenos en el sur global y el norte, pero el empobrecimiento de culturas hídricas es un hecho mundial, producto de colonizaciones literales y epistémicas que han reducido el agua a un ‘recurso útil’, al disolver las relaciones afectivas y sensibles con la vida líquida. Pese a la amnesia violenta, permanecen dimensiones sociocósmicas del agua en todo el mundo. En el Perú, ricas culturas hídricas indígenas perduran en Pachacámac y en los puquios Nazca, mientras que los shipibo-konibo y los uitoto siguen otorgando un valor al río que cuestiona su instrumentalización como infraestructura comercial en proyectos estatales de desarrollo como el Proyecto Hidrovía Amazónica. **(10)** En toda América Latina, están surgiendo ahora grupos y proyectos de investigación, arte y activismo que buscan regenerar los encuentros sensibles con el agua y potenciar confluencias de saberes. En Inglaterra, el crecimiento actual de grupos de nadadores y defensores del agua está aumentando el volumen de reclamos por el bienestar de los ríos. Esto posiblemente augura un renacimiento de nuestras relaciones con el agua que ha convertido su impacto terapéutico en objeto de estudio académico. **(11)** Vivimos un momento crítico que pide cultivar culturas de lo *hidrocomún*, descolonizando el pensamiento al recuperar e inventar saberes y prácticas que honren el agua como conector vital. La tarea de descolonizar empieza por casa, y toca transparencia en estas aguas, “tomando responsabilidad por los mundos epistémicos y ontológicos que creamos en los caminos que andamos y decimos”, como también en las corrientes que nadamos, y reconociendo el alcance de nuestro impacto en los demás.

(10) Sobre el Proyecto Hidrovía, ver Giuliana Borea y Rember Yahuarcani. “Amazonian Waterway, Amazonian Water-Worlds: Rivers in Government Projects and Indigenous Art”. En: *Liquid Ecologies in Latin American and Caribbean Art*, ed. por Lisa Blackmore y Liliana Gómez, pp. 106-124. Londres: Routledge, 2020.

(11) Sebastian Völker y Thomas Kistemann. “The impact of blue space on human health and well-being – Salutogenetic health effects of inland surface waters: A review”. En: *International Journal of Hygiene and Environmental Health* 214, no. 6 (2011), pp. 449-460.

(12) El privilegio de mi ‘casa’ abarca el haber nacido en una de las cunas del colonialismo, el racionalismo y el capitalismo global, además de tener privilegio étnico y educativo. Los límites se trazan al moverme en un mundo académico y curatorial, en el que la escala y la temporalidad de los impactos y cambios no están en el frente de las luchas ecológicas, sino que transpiran en ritmos muchas veces imprevisibles y diferidos. Sin embargo, investigar desde las artes no deja de ser importante. La falta de bienestar ecológico no solo pide respuestas científicas, sino también entramados interdisciplinarios e intersectoriales, en los que la investigación artística y las experiencias sensibles tienen un papel importante para revisar las dinámicas socioambientales de la economía global.

En el río Stour me muevo por un canal que sirvió de soporte a un sistema de economías extractivas y visuales basadas en la extracción de ‘naturalezas baratas’ y la exportación de regímenes estéticos, como el paisajismo.**(13)** En estas relaciones geopolíticas que trataron de fijar un mapa de centros y periferias es preciso ir con tacto. Investigar desde un río en Inglaterra las ecologías líquidas de América Latina —sus territorios, su pensamiento y su producción cultural— requiere asumir las diferencias y las distancias entre esos contextos, aun cuando en esas inmersiones intente transgredir las fronteras, buscando porosidades en las aguas que nos unen. Y sí que nos unen. **En mayo de 2019, pocas semanas después de un viaje a Colombia en el que visité al artista Alberto Baraya (14), una noticia en la BBC llamó mi atención. Un grupo de biólogos había descubierto en varios**

ríos de Suffolk, incluido el Stour, residuos de pesticidas y químicos presentes en los cuerpos de invertebrados como el *Gammarus pulex*, un camarón de agua dulce. **(15)** Entre las más de cincuenta sustancias encontradas, las más frecuentes eran la lido-caína y la cocaína. Había ocurrido una confluencia entre *Gammarus pulex* y *Erythroxylum coca*. Colombia se había desbordado a Inglaterra, en circuitos que unían territorios lejanos con cuerpos locales, diminutos camarones, corrientes fluviales y una nadadora obsesiva.

La prensa amarillista cumplió con publicar burdos montajes de camarones comestibles junto a pilas de polvo blanco. Yo cumplí con enviarle la noticia a Baraya, quien estaba en Madrid montando una exposición, junto con una invitación para realizar una residencia corta pintando en el río un capítulo de su serie *Estudios comparados de paisaje*. En esta serie inserta en territorios no colombianos los hipopótamos que escaparon de la Hacienda Nápoles de Pablo Escobar, a fin de colonizar y transformar la ecología local. **(16)** En pocos días llegó con sus óleos y comenzamos a ir diariamente al río de Constable, donde Alberto pintaba en *plein air* una versión de *La carreta de heno* (1821) —el cuadro más icónico del paisajismo inglés que por ser tan digerido ya raya en lo invisible. En un canibalismo performático, dislocaba esa tradición estética, al suplantar la carreta que nos es familiar con un hipopótamo. Sembraba así en el campo inglés evidencias de una

economía literal y visual del narcotráfico en la que un *allá* se manifiesta muy *acá*. Mientras Alberto pintaba, yo nadaba juiciosa de molino a molino, con el celular bajo el agua, buscando inútilmente algún avistamiento de los tristemente célebres camarones. En esos trayectos yo también desdoblaba el paisaje, viendo en la superficie caimanes nadando donde había troncos flotantes, y grabando bajo el agua vidas y sustancias escondidas en ese paisaje pintoresco. Así, asimilé gradualmente la ambigüedad dislocada de las ecologías líquidas, al caer en cuenta de que, en esas confluencias de camarones y coca, yo también iba y venía, cruzando el Océano Atlántico para disolverme entre el Stour y el Magdalena, siguiendo las circulaciones de paisajismos que se exportan, plantas que se cultivan, drogas que se importan y que se vierten en escorrentías a ríos lejanos.

Uno siempre está entre muchos ríos. Cuando las conexiones entre sus flujos no son evidentes, el arte inventa formas de *sentipensarlas*. **(17)** El estado líquido difracta lo ontológico, lo geográfico y lo cultural. Por eso, invita a honrar el hecho de que es más lo que nos une que lo que nos separa. Y que esas uniones permiten encuentros y reconciliaciones, como también registran divergencias y violencias que le dan forma al mundo que habitamos y a los cuerpos de agua que somos. Como sostiene Karen Barad en su breve explicación del tacto según la teoría cuántica de campos, “hasta los fragmentos más diminutos de materia son multitudes insondables,” por lo que tocar (y tocar el agua en la inmersión) nos abre a una alteridad infinita, conectándonos con los extraños que habitan nuestra casa en vertiginosos pluriversos. **(18)** Es a partir del reconocimiento de la *alteridad propia* (concepto que no es un oxímoron) que es posible

(12) Juanita Sundberg. “Decolonizing posthumanist geographies”. En: *Cultural Geographies* 21, no. 1 (2014), pp. 33-47

(13) Sobre el concepto de “naturalezas baratas,” ver Jason Moore, *Capitalism and the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*. Londres: Verso, 2015.

(14) Alberto Baraya es un artista representado en la Essex Colección de Arte de América Latina (ESCALA), fundada en 1993 y ubicada en la University of Essex donde trabajo desde 2017. Desde la fundación de la universidad en la década de 1960 se han tejido puentes entre Essex y América Latina, incluyendo, en el campo de la historia de arte y la curaduría,

a través de trabajos importantes de las profesoras Dawn Ades y Valerie Fraser.

(15) Thomas H. Miller, et al., “Biomonitoring of pesticides, pharmaceuticals and illicit drugs in a freshwater invertebrate to estimate toxic or effect pressure”. En: *Environment International* (2019) doi.org/10.1016/j.envint.2019.04.038

(16) El proyecto tiene varios años y sigue en proceso. Sobre la serie, ver: “Alberto Baraya: Estudios comparados de paisaje”. En: *Artishock*, 23 de enero, 2019, disponible en: artishockrevista.com/2019/01/23/alberto-baraya-estudios-comparados-de-paisaje/

(17) “*Sentipensar* con el territorio implica pensar desde el corazón y desde la mente, o co-razonar, como bien lo enuncian colegas de Chiapas inspirados en la experiencia zapatista; es la forma en que las comunidades territorializadas han aprendido el arte de vivir.” Arturo Escobar. *Sentipensar con la tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA, 2014, p. 16.

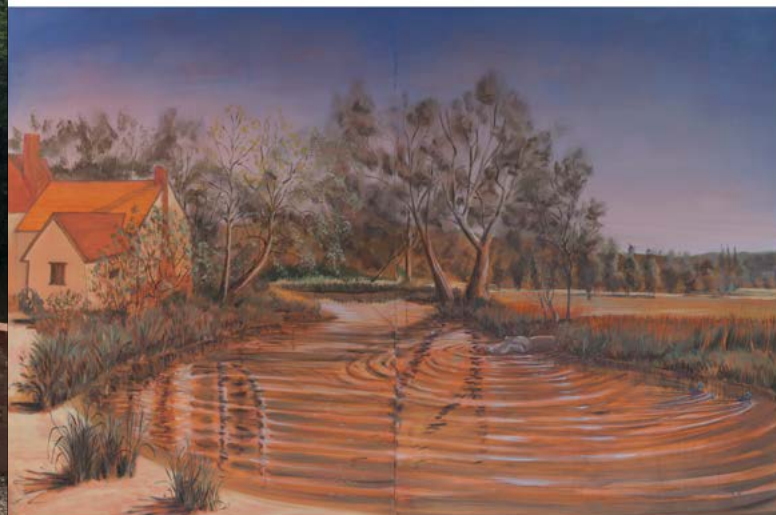
(18) Karen Barad, "On Touching..."

generar disposiciones más amables, compasivas y responsables frente al bienestar mutuo. Aun en tiempos de pandemia, cuando los bordes corporales y estado-nacionales vuelven a imponerse sobre nuestro movimiento y porosidad, la potencia de la inmersión en estados líquidos pervive. La quietud de un espejo de agua o de un cuerpo en reposo es ilusoria, pues las células nunca están quietas. Esta extraña pausa en la ‘normalidad’ también es una difracción del ser, un portal a seguir imaginando formas de conectarnos en colaboraciones con y entre cuerpos de agua, orientadas a culturas hídricas sensibles y solidarias que se mueven en pro del bienestar *hidrocomún*.

En su recuperación del cuerpo como instrumento fundamental para la filosofía, Michel Serres metaforiza la piel humana como un archivo somático mutante que documenta nuestras relaciones porosas con las afueras y las alteridades. En él, las lágrimas, los ceños fruncidos y las sonrisas gradualmente forman territorios que cifran la manera en que nos tocan y la manera en que el cuerpo responde mediante gestos que vuelven materia nuestras disposiciones afectivas y éticas. **(19)** Pienso que esa dimensión somática también se puede aplicar a las cuencas, en tanto sus cuerpos de agua, formaciones territoriales y comunidades están en metamorfosis constante, según su interacción con agentes y fuerzas que se acercan a ellos, a veces con violencia, a veces con “cuidado exquisito.” **(20)** Estar en un cuerpo de agua tal vez esté entre las prácticas que con mayor contundencia materializan cuán artificial es la separación entre mente y cuerpo. Esto se amplifica cuando se reconoce que el pensamiento se gesta en la interocepción —una “consciencia de la corporeidad en base a la información que deriva directamente del cuerpo” en todas las escalas de su agitación. **(21)** Esa consciencia corporal abarca “la imaginación muscular” que Gaston Bachelard describía en sus meditaciones sobre la natación y la “inteligencia corporal” que convocan diversos saberes y prácticas físico-filosóficos y terapéuticos. **(22)** El sensualismo de la inmersión va mucho más allá de que una sea una nadadora obsesiva o sostenga una excentricidad académica. **(23)** Cultivar artes de vivir y estar en contacto con el arte potencia experiencias en las que se palpan las membranas sensibles de nuestra liquidez interna, conmocio-

(19) Michel Serres. *The Five Senses: A Philosophy of Mingled Bodies*. Londres: Bloomsbury, 2016, p. 70.
(20) Karen Barad, "On Touching..."
(21) Bordoni y Marelli. "Emotions in Motion: Myofascial Interoception". En: *Complementary Medicine Research* 24 (2017), pp. 110-113.
(22) Gaston Bachelard. *El agua y los sueños*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
(23) En otro libro en el que reclama el lugar del cuerpo en el pensamiento, Michel Serres pregunta: "Does sensualism amount to an academic quirk?" Ver *Variations on the Body*. Minnesota: Univocal, 2011, p. 69.





nando las células y conmoviéndonos en nuestra atención hacia otros. Esas experiencias conectan nuestros cuerpos de agua a través de mediaciones que virtualizan el tacto, pero que nos tocan, igualmente, hasta el fondo.

Hace pocas semanas pude experimentar esto en carne viva en una actividad organizada con *entre*—ríos, un grupo de artistas e investigadores que nos reunimos entre Inglaterra, Alemania, Colombia, Perú y México, conectados por los ríos Bogotá, Rímac y Usumacinta, entre otros. **(24)** Leonel Vásquez, artista sonoro colombiano, nos había propuesto una práctica de escucha profunda y meditación a través de una transmisión en vivo desde su estudio en Sibaté, en la cuenca del río Bogotá. Con calma, sonriendo al tablero de caras en Zoom, nos pidió entrar a un canal de transmisión en vivo en YouTube. Allí, la cámara registraba un tocadiscos de madera fabricado por Leonel, en el que una piedra sustitúa el vinilo. Girando lentamente, la piedra emitía (emite, la escucho mientras escribo esto) un canto denso, vibrátil, que atraviesa el cuerpo en ondas que agitan sus flujos internos, cual espectro del río que poco a poco le dio forma a ese canto rodado. **(25)**

(24) Iniciamos el proyecto en 2018 desde la University of Essex, con financiamiento del Global Challenges Research Fund y en co-curaduría con María Fernanda Domínguez Londoño, con quien realizamos una primera fase del proyecto en el departamento de Santander, Colombia en julio de 2019. Ver entre-rios.net y “GCRF@Essex Case Studies Sustainable Rivers: Creative Methodologies for Social and Ecological Well-being,” www.essex.ac.uk/research/gcrf/sustainable-rivers En su fase actual, el equipo curatorial está integrado por Emilo Chapela, Diego Chocano y yo. Emilio y Diego aportaron textos y referencias clave que irrigaron este texto.

(25) Leonel Vásquez. “Sesión de Meditación 1/ Canto Rodado, Río Bogotá.” Publicado en *YouTube* el 4 de agosto de 2020. Ver y escuchar en youtu.be/32Lu0HWv9FI

Alberto Baraya pintando en el río Stour.

Alberto Baraya, *The Mill House with Hippo*. La casa del molino con hipopótamo. el río Stour after J. Constable. Estudios Comparados del Paisaje, 2019, óleo sobre tela.

(26) Isabelle Stengers. “Reclaiming Animism”. En: *e-flux* 36 (2013), pp. 1-10; p. 4; p. 6. Sobre el concepto de ‘epistemicidio’ ver Boaventura de Sousa Santos. *Epistemologies of the South: Justice Against Epistemicide*. Londres: Routledge, 2016.

(27) Stengers, “Reclaiming Animism”, p. 7.

(28) Jane Bennett. *The Enchantment of Modern Life: Attachments, Crossings and Ethics*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010.

(29) Stengers, “Reclaiming Animism”, p. 6.

Es un sonido que permea para quedarse; el cuerpo vibra muchos minutos después de terminar la escucha, en una suerte de *after-image* sonoro y táctil.

Esa piedra, nos contó Leonel, la sacó del río Bogotá, un cuerpo de agua que es descrito con frecuencia como un cadáver, debido a sus altísimos niveles de contaminación. La piedra apeataba cuando la sacó, así que intentó limpiarla, un acto de cuidado y sanación que en escala individual es espejo de todo un proyecto masivo de saneamiento que está en curso en la cuenca y que promete devolverle bienestar a ese cuerpo de agua violentado. La escucha fue mágica. Y no en el sentido banal con el que suele resonar esa palabra, sino por la potencia que articula frente al reto de recuperar un bienestar *hidrocomún*. “La recuperación significa recuperarse de la separación en sí, regenerando todo lo que esta separación ha envenenado”, escribe Isabelle Stengers en un ensayo en el que aboga por la magia como método para reanimar la Tierra en medio de sus epistemicidios. **(26)** Para recuperar la capacidad de experimentar la magia es preciso despojarnos de cierta autoprotección que gradualmente se fija en nuestras identidades, disciplinas y relaciones con los demás, haciendo caso omiso “a esa vocecita crítica o reflexiva que nos susurra que no deberíamos aceptar sentirnos maravillados, la voz que transmite la de los inquisidores” y que pinta un panorama aterrador si abandonamos los fundamentos de nuestra crítica y la épica de “la razón científica hegemónica.” **(27)** En el acto de estirar el oído hacia la piedra se articula desde el cuerpo y el afecto una atención en la que, como apostaba Jane Bennett, una experiencia somática de la compasión y del encantamiento puede potenciar una disposición ética y prácticas de cuidado hacia ese cuerpo no humano doliente. **(28)**

Toca abrírnos a esa magia y escribirla también. Toca escribírnos en esa experiencia afectiva, no para sentar verdades inamovibles sino para escribir como “una experiencia de transformación metamórfica” que revisa las heridas —las propias-íntimas y las globales-epistémicas— incorporándonos a la tarea de entender sus historias y dinámicas actuales, y entregándonos al reto de imaginar relaciones alternativas entre cuerpos de agua más-que-humanos. **(29)** Apuesto a que por ahí se puede llegar a ser más río.

lisa blackmore ha coeditado recientemente *Liquid Ecologies in Latin American and Caribbean Art* (Routledge, 2020) y forma parte del proyecto *entre*—ríos.